

de París, un magnífico regalo de la Reina de Inglaterra y diez mil florines.

En Amsterdam hay el más hermoso Museo de Pinturas de Holanda.

El extranjero que entra preparado á la admiracion de las dos más grandes obras maestras de la pintura holandesa, no tiene necesidad de preguntar dónde se encuentran.

Apenas salvado el dintel, se ve una pequeña sala llena de gente inmóvil y silenciosa, y se encuentra en el sitio más sagrado del templo: á la derecha se halla la *Ronda nocturna*, de Rembrandt; á la izquierda el *Banquete de la guardia cívica*, de Van der Helst.

Despues de haber visto y revisado ambos cuadros, me entretuve en observar á los que penetran en la sala por vez primera. Casi todos se paran, miran con estupor á derecha é izquierda, despues sonrien y luego se vuelven hácia la derecha: ¡Rembrandt vence!

La *Ronda nocturna*, ó como otros quieren llamarla, la *Salida de los arcabuceros*, ó aun tambien el *Paseo de la Compañía de Banning Cock*, el lienzo más grande de Rembrandt es, más que un cuadro, un espectáculo que aturde. Todos los críticos franceses, para expresar el efecto que produce, se han servido de la misma frase: *¡C'est écrasant!*

Un gran movimiento de figuras humanas, una

gran luz, una gran oscuridad; á primera vista no se ve más, y aun por algunos momentos se duda y vacila en dónde fijar la mirada, á fin de darse cuenta exacta de aquella grandiosa y espléndida confusion. Hay oficiales, alabarderos, chicos que corren, arcabuceros que cargan y disparan, jóvenes que tocan el tambor, gente que se inclina, habla, grita, gesticula; vestidos todos de diferentes trajes, con sombreros redondos, sombreros de picos, penachos, cascos, morriones, capacetes de hierro, collares, banderolas de oro, botas, calzas de todos colores, armas de todas especies; y esta reunion de cosas desordenadas, tumultuosa y atractiva, se destaca del fondo oscuro del cuadro y avanza hácia quien lo contempla.

Los dos primeros personajes, son Frans Banning Cock, señor de Purmerland y de Ilpeldam, capitán de la compañía, y su lugar-teniente Willem van Ruijtenberg, señor de Vlaardingen, que marchan uno al lado del otro. Las dos únicas figuras en plena luz, son este lugar-teniente vestido con casaca de búfalo, adornos de oro, charpa, gorguera, penacho blanco y grandes botas, y una niña que vá detrás de cabellera rubia llena de perlas y vestida de raso amarillo; los demás personajes quedan en la oscuridad y en la sombra, viéndose las cabezas que todas están iluminadas. ¿Por qué luz? Hé ahí el enigma. ¿Es la luz del sol? ¿La de la luna? ¿La de las linternas? Llamadas de



oro y plata, reflejos de luna, claridades enfocadas, personajes como la niña de blonda cabellera que parece brillar con luz propia, rostros alumbrados por los resplandores de un incendio, centelleo que desvanece, sombras, crepúsculos y oscuridades de subterráneo, todo se encuentra en el cuadro amenizado en contraste con un atrevimiento milagroso y un arte insuperable. ¡Hay desentonos de luz, oscuridades gratuitas, accesorios demasiado concluidos y hechos interesantes en perjuicio de las figuras, figuras vagas y grotescas, lagunas y originalidades injustificadas? Todo esto se ha dicho con respecto á este cuadro objeto de entusiasmo ciego y de despiadadas censuras, levantado hasta el cielo como una de las maravillas del mundo, y considerado indigno de Rembrandt, discutido, interpretado, explicado de mil maneras distintas y en mil sentidos diversos.

Pero á pesar de todas las censuras, de todos los defectos, de todas las contradictorias interpretaciones, allí permanece la tela hace dos siglos, triunfante y gloriosa; y mientras más se la mira, más se ilumina y resplandece; y aun vista al vuelo, se grava para siempre en la memoria con todos sus esplendores y sus misterios, como extraordinaria vision.

El cuadro de Van der Helst—pintor del cual nada se sabe, sino es que nació en Amsterdam al principio del siglo XVII, y que allí pasó gran

parte de su vida,—representa un banquete con el cual la guardia ciudadana de Amsterdam celebró la paz de Munster el 18 de Junio de 1648.

El cuadro contiene veinticinco figuras de tamaño natural, todas retratos fidelísimos de personajes conocidos, cuyos nombres se conservan. Son oficiales, sargentos, porta-estandartes, guardias agrupados alrededor de una mesa, y se estrechan la mano, se dedican brindis y se apostrófan, y quién come, quién corta, quién monda naranjas. El cuadro de Rembrandt, es una aparición fantástica; el de Van der Helst, un espejo que refleja una escena real de la vida. No hay unidad, no hay contrastes ni misterios: todas las cosas se representan con igual minuciosidad, con la misma evidencia. Cabezas y manos, figuras próximas y lejanas, corazas de acero, sombreros con pluma, emblemas de seda, estandartes, cornucopias de plata y copas doradas; vasos, bajilla, viandas, vinos, armas, adornos, todo salta á la vista esplendente, y engaña y seduce.

Las cabezas, consideradas una á una, son retratos admirablemente concluidos, de los cuales un médico podría con seguridad discurrir sobre el temperamento de cada personaje y prescribir los cuidados preventivos para la salud de todos. De las manos se ha dicho ingeniosamente, y con razon, que arrancadas de los cuerpos y mezcladas despues, se podrian reconocer y volver á colocar



cada una á su respectiva figura, sin peligro de equivocarse: tan acabadas son y tan individualizadas por decirlo así, con la persona á que pertenecen. Cara por cara, traje por traje, objeto por objeto, mientras más se mira, más se descubren particulares minucias, pormenores y detalles de una exactitud y una verdad que asombra. Además de aquella variedad y aquel esplendor de colores, la ingenuidad y frescura de los rostros, el vestuario pomposo, las mil cosas brillantes, dan en conjunto á aquel gran cuadro un aire de fiesta y de alegría que borra por completo la vulgaridad del asunto, del cual se olvida el espectador y despierta un sentimiento de simpatía amistosa y de admiración serena, que se revela en afable sonrisa hasta en los semblantes de los visitantes de rostro más sério.

De Rembrandt existe también en el Museo el gran cuadro titulado *Los síndicos de los comerciantes de paños*, hecho diez y nueve años después de la *Ronda nocturna*, con menor arranque juvenil y menos lozanía de imaginación; pero con todo el vigor de un ingenio maduro, y no menos admirable que el otro bajo el punto de vista del claro oscuro, de la expresión de las figuras, de la fuerza del colorido, de la exuberancia de vida. Hay quien lo prefiere á la *Ronda*.

De Van der Helst hay otro cuadro también: *Los síndicos de la hermandad de San Sebastián*,

en *Amsterdam*, en cuya tela resplandecen asimismo, aunque con menos vigor que en el *Banquete*, todas las maravillosas facultades del gran maestro.

Steen tiene ocho cuadros, entre ellos su retrato, que lo representa joven, bello, de larga cabellera, con faz tranquila y meditabunda y que parece dice:—«No soy ¡oh, extranjero! ni fui, un disipado, ni un borracho, ni un mal marido: se me calumnió; respetad mi memoria.»

Los asuntos de sus cuadros representan una criada en su oficio de limpieza, una familia de aldeanos que torna á casa en barca, un tahonero que hace pan, una escena de familia, unos esposales de aldea, una fiesta de muchachos, un charlatan en una plaza pública: todos con los acostumbrados borrachos, las habituales risotadas, y las constantes figuras grotescas, perfectamente coloreadas y con gran luz. En el cuadro del *Charlatan*, lo grotesco llega al último límite. Las cabezas son deformes, las caras hocicudas, las narices acaballadas y de pico de papagayo, las espaldas jorobadas, las manos de garza, las actitudes en contorsión, las risas de carcajada carnalesca; son personajes, en fin, de los cuales no se puede encontrar imagen sino dentro de los vasos de los gabinetes anatómicos, ó en las caricaturas de animales de Grandville. Es imposible contener la risa, pero se ríe como debían reír los espectadores de Gympaine, diciendo para su colete:—«¡Qué



lástima que sea un mónstruo!"—Hay, sin embargo, un artista que hizo descender este género de pintura más bajo todavía que Steen, Adriano Brouwer, uno de los más famosos de Holanda. Discípulo de Franco Hals, se emborrachaba con él una vez al día, teniendo que ausentarse de Amsterdam é ir á vivir á Amberes, perseguido por sus acreedores, que al fin consiguieron prenderlo como espía en este último punto. Rubens le dió libertad, y lo recogió en su casa, pero este gran maestro llevaba una vida ordenada; y como Brouwer quería correrla en grande, huyó de su lado. Se fué á París, y allí hizo de las suyas, hasta que enfermo y seco como un alambre, volvió á Amberes, acabando su mísera existencia en el fondo de un hospital, á la edad de treinta y dos años.

Como no trató más que con canalla, ni frecuentó otro sitio que las tabernas, no pudo pintar sino escenas bastas y repugnantes de mujerzuelas y beodos, siendo en sus cuadros la cualidad más preciada el color vivo y armonioso, y el sello de la originalidad. El Museo de Amsterdam encierra dos cuadros suyos; uno representa una *Lucha de aldeanos* y el otro una *Orgía popular*. En éste puede decirse que está todo Brouwer tal como era. Figura el cuarto de una taberna, en el cual hay reunidos hombres y mujeres, apretados unos contra otros, que beben y fuman. Una mujer se halla

echada por el suelo, borracha perdida, y su hijo llora á su lado.

Gerardo Dow tiene en el Museo de Amsterdam el famoso cuadro titulado la *Escuela nocturna*, ó sea el cuadro de *Las cuatro bujías*, digno de figurar al lado de la *Hidrópica* del Museo del Louvre, y entre las más preciadas joyas de la pintura holandesa.

Es una pequeña tela, en la cual se representa en primer término un maestro de escuela con dos chicos y una chiquilla, sentados alrededor de una mesa; otra muchacha atiende con curiosidad á lo que escribe un alumno, y en el fondo de la habitación, otros chicuelos estudian. Pero la originalidad del cuadro consiste en lo siguiente: en que las figuras son la parte accesoria, y la principal, los protagonistas, el asunto del cuadro en una palabra, son las cuatro luces; una que brilla dentro de un farol abandonado en el suelo; otra que ilumina el grupo del maestro y de los dos discípulos; la tercera, que tiene la muchacha en la mano, y la cuarta, sobre una mesa en el fondo, en medio de un círculo de escolares que leen. Fácil es imaginar la variedad de luces y sombras, de vislumbres y de claro-oscuros que un artista como Dow ha podido recabar de estas cuatro llamas. ¡Cuánta infinita dificultad ha sido creada y cuántos infinitos cuidados ha de haberle costado superarlas, y con qué maravillosa maestría



lo consiguió! Este cuadro, pintado según indica un crítico, con pestañas de niño recién nacido, se halla cubierto por un cristal, como reliquia, y fué vendido en 1777 por ocho mil pesetas; en 1808, comprado por treinta y cinco mil, y ciertamente que para volverlo á pagar al presente, no bastaría agregarle un cero á esta última cifra.

Si se quisiesen describir sucintamente los principales cuadros de los grandes artistas que adornan este Museo, no se acabaría jamás.

El melancólico Ruisdael tiene una escena de invierno y un bosque lleno de la poesía de su alma, como suele decirse de sus paisajes; Terburg, presenta su célebre *Consejo paterno*; Wouvermans, diez admirables cacerías, batallas y caballos; Potter, Karel, Du Jardin, Van Ostade, Cuip, Metz, Van der Verde, Everdingen, se hallan representados con las mejores obras del pincel de cada uno, de las cuales sería osadía extraordinaria intentar ofrecer siquiera imagen aproximada con la pluma.

Y no es este el único Museo de Pintura de la ciudad de Amsterdam. Hay otro, cedido á la ciudad por un tal Van der Hoop, antiguo diputado en la Cámara de los Estados, que contiene cerca de doscientas obras de los primeros artistas holandeses y flamencos; y además, todavía existen varias galerías privadas, riquísimas.

Pero el Museo de la *Ronda de noche* y del

*Banquete de la guardia cívica*, como es el primero que se visita, es también aquel en que los extranjeros, antes de dejar á Amsterdam para dirigirse á la Holanda del Norte y á la Frisia, donde no hay Museos, van á dar el último adiós á la pintura holandesa.

En este momento cierro los ojos y me parece estar en la sala de la *Ronda* y del *Banquete* el día último que la visité. Pienso que dentro de poco dejaré, quizá para siempre, todas estas maravillas del ingenio humano, cuyo pensamiento me entristece.

La pintura holandesa no ha despertado en mí ninguna emoción profunda, y ningún cuadro me ha hecho llorar; ninguna imagen me ha transportado al cielo; ningún artista ha logrado inspirarme pensamiento alguno vivo de afecto, tranquilo, entusiasta, ni de gratitud intensa. Y sin embargo, reconozco que de los Museos de Holanda he sacado un tesoro. Ha quedado esculpido en mi mente todo un pueblo, todo un país, todo un siglo. Más aún, ¿es una ilusión ó un efecto real? Todas aquellas imágenes de tranquilas mujeres del pueblo; de viejos felices; de niños desgrefñados; de chicas robustas, lozanas y frescas; de cuartos pequeñines, cerrados con bien abastecidas mesas;... cuando reanimo todos estos espectáculos en mi mente, me encuentro mejor entre las cuatro paredes de mi habitación; me recojo con ma-



por gusto en mi rincón humilde, y estoy más contento que de costumbre por vivir en familia, teniendo hermanas y sobrinillos; bendigo más afectuosamente mi hogar, y me siento con más serena alegría á la sóbria y limpia mesa de mi casa. ¿No es bueno, acaso, con efecto, después de haber visto ángeles y mujeres divinas, y amores sobre-humanos, y grandes desventuras, y grandes triunfos; después de haberse horrorizado, llorado, adorado y soñado; después de haberse lanzado con el pensamiento y el corazón hasta las nubes, volver á bajar sobre la tierra, para persuadirse que no todo es despreciable, y que es necesario, en tiempo y lugar oportunos, echar por la ventana los sueños ideales, quedándose en este mundo pequeño, alegre, en medio de la vida lisa y llanamente, como Dios manda, no siendo preciso ser visionarios, ni turbulentos, ni orgullosos, ni indiscretos, ni locos? Y esta persuasión, ha llevado á mi alma la pintura holandesa; y por esto, bendita sea la pintura de Holanda. Estudiantes de anatomía, guardias ciudadanas, arcabuceros, alcaldes, criadas, pescadores, borrachos, toros, pécoras, tulipanes, molinos de viento, mares lívidos y horizontes nebulosos, ¡permaneced por largo tiempo ante mi vista!; y cuando desaparezcáis de mi imaginación de un modo concreto, que quede al menos de todos vosotros una reminiscencia confusa, á fin de que no se borre en mí la virtud del tra-

bajo, y pueda seguir viviendo con juicio, haciendo economías, como buen holandés, porque de este modo podré volver á veros, Dios mediante.

Napoleon el Grande se aburrió en Amsterdam; pero creo firmemente que tuvo él la culpa, porque yo me he divertido. Todos aquellos canales, aquellos puentes, aquellos islotes, forman tan grande variedad de perspectivas pintorescas, que mientras más se anda más queda por ver. Existen mil maneras de pasar el tiempo agradablemente. Se vá á ver la llegada de los barcos que traen leche de Utrecht; se sigue á los bajeles que trasportan mercancías con las criadas de la cófia blanca, colocadas de pié en la popa; se pasa media hora en la torrecilla del Palacio Real, desde donde se abraza con una sola mirada el golfo de la Y, el antiguo lago de Haarlem, las torres de Utrecht, los techos encarnados de Zaandam, y aquel fantástico bosque de árboles, de buques, de campanarios y de molinos de viento; se asiste á la extracción del limo de los canales; al arreglo y composición de los puertos y de las cataratas; á los mil cuidados que continuamente reclama esta ciudad singular, obligada á gastar cuatrocientos mil florines anuales para imperar sobre sus aguas; y cuando no hay otra cosa, jamás falta el espectáculo de las criadas y los criados que lavan desde la calle las puertas de las casas, las ventanas del piso bajo y los trajes de los transeúntes. Por



la noche despues, se ve la calle llamada Kalvers-  
 traat, flanqueada por dos hileras de espléndidas  
 tiendas y de cafés iluminados á medias, y á me-  
 dias sumergidos en las tinieblas, en cuya calle  
 hasta muy entrada la noche, hormiguea un tro-  
 pel compacto y lento de gente llena de cerveza y  
 de dinero, mezclada con ciertos ejemplares de *co-*  
*cottes* espetadas, que no miran, ni rien, ni hablan,  
 y que van de tres en tres ó de cuatro en cuatro,  
 como si meditasen ó preparasen alguna agresion.  
 De las calles iluminadas y tumultuosas, se sale  
 luego á lo largo de los canales, entre embarcacio-  
 nes inmóviles en medio de profundísimo silencio.  
 Y pasando por un puente, se penetra en un cuar-  
 tel del pueblo bajo, donde se ven brillar las luces  
 de las tiendas subterráncas, y se percibe la músi-  
 ca de los bailes de marineros.

Y así se cambia á cada paso de espectáculo y  
 de pensamiento, con perdon sea dicho de Napo-  
 leon I.

Tal es esta ciudad famosa, cuya historia no es  
 ménos extraña que su forma y su aspecto.

Un pobre pueblo de pescadores, del cual toda-  
 vía se ignora el nombre hasta fines del siglo XI,  
 convertido en el siglo décimosexto en emporio de  
 toda la Europa septentrional, que despuebla los  
 puertos más florecientes del mar de Zuiderzée,  
 que recoge en sus manos el comercio de Venecia,  
 de Sevilla, de Lisboa, de Amberes, de Brujas,

atrae comerciantes de todos los países, ampara  
 proscriptos de todas las religiones, resurge de las  
 inundaciones espantosas, se defiende de los ana-  
 baptistas, destroza las tramas de Leicester, dicta  
 leyes á Guillermo II, rechaza la invasion de  
 Luis XIV, y por último, como todas las cosas, de  
 aquí abajo, declina despues, brillando todavía  
 una vez con luz efímera de tercera ciudad del im-  
 perio francés, con cierto brillo oficial, muy seme-  
 jante á las cruces que se dan á los empleados des-  
 contentos para compensarles de una traslacion  
 ruinosa.

Es todavía una rica ciudad comercial; pero  
 circunspecta, lenta, aplicada á sus tradiciones,  
 más amiga del juego de la Bolsa que de las em-  
 presas atrevidas, y que rivaliza con Hamburgo y  
 Rotterdam, llenas de juventud y de esperanzas.  
 A pesar de esto, aún conserva la majestad de la  
 antigua dominadora de los mares, siendo todavía  
 la más bella perla de las Provincias Unidas, y  
 deja en el extranjero que la abandona una imá-  
 gen severa de grandeza y de poderío, tal como  
 ninguna otra ciudad de Europa consigue desper-  
 tar en el alma del que viaja.